

LAS UNIVERSIDADES CATOLICAS EN AMERICA LATINA

PEDRO RAUL VILLASMIL SOULES

PREMISA

En las páginas introductorias de la revista "Mensaje", del número dedicado a la Revolución en América Latina (visión cristiana), se pueden leer estos párrafos: "Anhelada, temida, predicada o combatida, la revolución está presente en la mente de todos. Una inmensa y cada día más creciente mayoría está tomando conciencia de su fuerza, de su miseria y de la injusticia de ese orden político, jurídico, social y económico que se le obliga a aceptar." Esta frase destaca el reto angustioso que lanza América Latina a las nuevas generaciones cristianas dispuestas a "dejarlo todo" para reconstruir desde sus propios cimientos este inmenso continente, esperanza del mundo.

Este reto compromete definitivamente a "transformar lo salvaje en humano y lo humano en divino, es decir, según el corazón de Dios". Esta debe ser la misión de los nuevos cristianos, de los cristianos de hoy, de los cristianos que sin ataduras a viejos esquemas o intereses ven con preocupación el verdadero problema de nuestros pueblos, cada día más inquietante. El incremento de la tasa de crecimiento demográfico, la enfermedad, que pareciera haberse hecho crónica, del hambre, del analfabetismo y del hacinamiento. Males que no se curan con saber que existen, con decir que hay que curarlos o con utilizar remedios pasajeros, que calman pero no curan, que tapan la herida para que no se vea la llaga, pero, sin embargo, la llaga sigue supurando. Paños calientes que adormecen mientras la enfermedad sigue creciendo.

La visión del cristiano —del cristiano de hoy—, en su proyección social, no puede seguir siendo estrecha o confundida con el paternalismo, la filantropía, la limosna o la ayuda. No. La visión del cristiano tiene que renovarse y ampliarse sobre una profunda comprensión de la caridad, entendida como entrega total, que es lo que está pidiendo con heroísmo, esfuerzo y sacrificio la explosiva situación de la América Latina. Un dinámico sentido de la caridad cristiana a través de la cual se comprenda y se esté dispuesto a aceptar "un cambio, un cambio rápido, profundo y total de estructuras para lograr un auténtico bien común".

Frente a esta nueva etapa que se abre a nuestros ojos —explosiva, revolucionaria—, el cristiano no puede permanecer indiferente. Su actitud ha de ser de reflexión, de comprensión de la coyuntura y de proyección vital. Debe tener presente "una escala de prioridad en la opción de los fines, según su importancia o valor ontológico y su urgencia, y en la opción de los medios, según su licitud, su urgencia, su eficiencia y su factibilidad o posibilidad". Debe utilizar con fruto y saber adaptar a la coyuntura los instrumentos con que cuenta a fin de que ellos puedan convertirse en medios eficaces de acción en las presentes circunstancias.

LA MISION DE LAS UNIVERSIDADES CATOLICAS

Las Universidades Católicas son uno de los grandes instrumentos de acción formativa con los cuales cuentan ya muchos países de la América Latina. Universidades llamadas a cumplir una misión muy concreta en esta hora decisiva del continente. Por tanto, las Universidades Católicas precisamente por ser católicas, no pueden limitar su acción a enseñar sólo a ser médico, abogado, economista, ingeniero o arquitecto o a creer que su misión está cumplida con habituar al médico, al abogado, al economista, al ingeniero o al arquitecto a oír misa y a comulgar todos los domingos. Si a esto limitaran su objetivo, no tendrían razón de ser como instituciones portadoras de una idea cuya "praxis" no queda limitada a los simples formulismos del culto.

Las Universidades Católicas, como tales, tienen el deber de preparar profesionales con una visión integral del mundo, del hombre y de la sociedad desde el punto de vista de la Teología y la Filosofía cristiana y de la Doctrina Social de la Iglesia, es decir, con un fin muy concreto y específico que no es fabricar médicos, abogados, economistas, ingenieros o arquitectos

que por añadidura oyen misa y comulgan todos los domingos. Sino que es formar médicos, abogados, economistas, ingenieros, arquitectos con la visión integral de la doctrina cristiana, "que, respetando la objetividad y la autonomía de la ciencia y la tecnología, opera la conciliación de sus antinomias o contradicciones aparentes con la ética mediante un arbitraje que atribuye a esta última primacía en virtud de su propia definición de ciencia de la perfección última de la plenitud del hombre".

En este sentido las Universidades Católicas han de estar en capacidad de preparar profesionales cristianos, dispuestos a influir vitalmente el continente y a enfrentar la "revolución en marcha" para dirigirla por canales cristianos.

Este es el gran compromiso que tienen las Universidades Católicas en la América Latina. Compromiso con las nuevas generaciones, con el país en el que actúan y con la doctrina que propagan. Su misión es delicada, difícil, pero impostergable. De ellas tienen que salir las generaciones "alfareras" de las nuevas estructuras políticas, jurídicas, económicas y sociales "que realicen efectivamente el bien común, el bien de todos, aunque tengamos que sacrificar ciertos bienes particulares".

REFORMA, COMPROMISO INAPLAZABLE

Las Universidades Católicas de hoy, de nuestros días, no pueden seguir apegadas a enfoques tradicionales, a viejas costumbres cuya vigencia expiró. Requieren una reforma, una imagen nueva, vital, dinámica, con proyección en el "aquí y ahora". Sus fines no pueden quedar reducidos a formar generaciones en un nivel de piedad solamente, sino que, junto a las prácticas piadosas, por demás encomiables, la Universidad Católica debe formar para amar a Dios en el amor a los hombres. "Pues el que no ama a su hermano, a quien ve, no es posible que ame a Dios, a quien no ve" (I Jo., 4, 20). La Universidad Católica debe inculcar a cada profesional el sentido comunitario y social de su vocación, la cual no puede quedar limitada a la sola satisfacción individual y a la compensación material, sino que tiene que proyectarse con largueza a los problemas concretos de cada país y del continente, con sentido cristiano, es decir, con el sentido "de la Redención de Cristo que alcanza a todos, porque para el cristiano no hay noble ni hay plebeyo, porque todos somos hijos de Dios y herederos de la eternidad". Con el sentido "estar incluso dispuestos a renunciar a no pocas de nuestras cómodas y agradables libertades si es preciso así asegurar la libertad, la liberación de la gran mayoría".

La gran tarea de las Universidades Católicas latinoamericanas consiste en lograr una unidad vital en la enseñanza y en la acción profesional por medio de una reforma interna de los programas de estudio que den al universitario una formación integral, amén de la inquietud social de proyectarse en los demás o, como diría Maritain, de "darse libremente a seres que son para él como otros él mismo". Desembarazarse de los viejos esquemas con sabor tradicional, individualista, a los que han estado sometidas y dentro de los cuales han formado tantos hombres que sólo han buscado el interés particular y se han mostrado ajenos a los graves problemas de nuestro tiempo.

Universidades en las que si bien se enseñan la ciencia y la tecnología en un plano abstracto se las sepa aplicar también al plano concreto de las realidades latinoamericanas del "aquí y ahora", es decir que "ante fines múltiples y alternativos, que diría el P. Vekemans, como los hay en el terreno práctico y concreto, sepa formar para la elección: "lo uno antes que lo otro, es decir, dar criterio de opción según la escala de la importancia, la escala por así decirlo de valor ontológico que se desprende de las normas doctrinarias, y la escala de urgencia dictada esencialmente por la encarnación de la actividad humana en las últimas determinaciones del tiempo y del espacio.

En este sentido me adhiero ampliamente a los puntos expuestos en el discurso inaugural de la V Convención Ordinaria de Estudiantes Católicos de Chile por el presidente Claudio Orrego, los cuales pueden resumirse en los siguientes conceptos, que dan una nueva dimensión a la problemática universitaria en el campo católico: "Creemos —dice— que hay que darle a la Universidad una estructura mucho más flexible y dinámica que la que actualmente tiene con un sistema de facultades prácticamente autónomas las unas de las otras. Una nueva estructura que permita que cada estudiante reciba una misma formación fundamental que le imprima el sello de haber pasado por la Universidad Católica y que permita que un mismo espíritu reine en todas las facultades y escuela. Un sistema que permita la formación cultural de los jóvenes a través de los estudios de las ciencias humanas y que lo enraíce en el mundo en que vive a través del aprendizaje de las ciencias sociales."

"Se hace cada vez más imperiosa la creación de un núcleo central que imparta tanto la enseñanza de las ciencias naturales como humanas y que llamaremos por razones estrictamente de lenguaje Facultad de Filosofía, en cuanto se refiere a las ciencias humanas e institutos básicos de ciencia en cuanto a las ciencias naturales."

"Una Facultad de Filosofía o de Humanidades por donde obligatoriamente debieran pasar todos los jóvenes que ingresen en la Universidad con una pequeña especialización hacia sus futuras profesiones. Una facultad donde la Historia, la Filosofía, la Teología, la Sociología, la Literatura y otras materias afines les fueran enseñadas a todos los estudiantes, con el fin de otorgarles una mínima formación cultural y el hábito de pensar."

"Una revisión total de los sistemas de formación cristiana del estudiantado. No queremos lo cristiano como algo superpuesto a lo demás, sino como el núcleo central que informa el espíritu de la Universidad. Creemos que lo cristiano no debe ser solamente un ramo, sino un espíritu que reine en cada cátedra y varios ramos destinados a darle forma metódica y sistemática."

"La imperiosa necesidad de la enseñanza de la Doctrina Social de la Iglesia y su aplicación concreta a cada carrera es algo de vital importancia. No podemos seguir produciendo profesionales burgueses y desambientados en su siglo."

A estos puntos tan esenciales y que bien vale la pena tenerlos presentes en la reforma que debe hacerse en la estructura de las Universidades Católicas, agrega lo siguiente: "La responsabilidad de estas casas de estudio no es solamente formar cristianos. Su misión primera como Universidad es formar hombres cultos y profesionales altamente preparados. El fin concreto de ellas es la educación superior del hombre; es decir, la entrega a cada estudiante que pase por sus aulas las herramientas necesarias para que éste logre su liberación interna y externa. Su liberación interna, haciéndolo llegar a la contemplación de la Verdad y el Amor, dándole un sentido de vida, llevándolo por los caminos del espíritu, elevándolo por sobre la ignorancia y el error. Y su liberación externa para que enfrente el mundo que lo rodea, lo transforme y lo moldee con el fin de satisfacer sus necesidades."

Esta es la misión de las Universidades Católicas en la América Latina. Para poder cumplirla tienen que cambiar por nuevos sus viejos esquemas. Deben dejar de ser barrocas fachadas y convertirse en células vitales de acción, de trabajo, de lucha, con una amplia dimensión comunitaria y social. Darle a su método un sentido integral y adaptar los programas de estudio a los problemas concretos del continente de manera que la cátedra resulte instrumento eficaz, dinámico, que oriente y forme para la gran tarea que deben cumplir las generaciones cristianas de nuestro tiempo y que consiste en afrontar y dirigir "la revolución en marcha por canales cristianos".